

CAPITULO CVII.

Prosigue la guerra de Castilla con Aragon. — Muerte de la reina D.^a Leonor y de D.^a Juana de Lara. — Batalla de los campos de Araviana. — Inicua muerte de D. Gutierre Fernandez de Toledo. — Notable carta escrita por este al Monarca. — Tormento y muerte de Samuel Levi. — Desgraciado fin de la reina D.^a Blanca de Borbon. — Desleal conducta del rey de Castilla con el rey Bermejo de Granada.

Como acabamos de ver por el capítulo anterior, de una manera bien deplorable había aprovechado el rey D. Pedro, el año de tregua concedido con Aragon.

Todavía hubiera continuado aquella misma marcha, á no interrumpirlo la guerra que de nuevo volvió á estallar, pues, tanto don Enrique, irritado por la muerte de sus hermanos, como D. Fernando el de Aragon, indignado por el cruel asesinato de D. Juan, rompiendo por todo, invadieron el reino por la parte de Soria y por la de Murcia.

D. Pedro, acudiendo inmediatamente á oponer la fuerza á la fuerza, tras de algunos movimientos que ordenó por la parte de tierra, con el auxilio de algunas naves genovesas, portuguesas y granadinas, aparejó una flota, con la cual se dispuso á dirigirse á Cataluña después de ordenar la muerte de su tía la reina D.^a Leonor y de D.^a Juana de Lara, esposa de su hermano D. Tello.

La armada castellana compuesta de cuarenta galeras, ochenta naos, tres galeotas y cuatro leños, bajo el mando del almirante de Castilla, Micer Jil Bocanegra, llevando á su bordo al rey de Castilla, dirigióse á Barcelona, en cuyo puerto acometieron á doce galeras que en él había.

Tuvo lugar este combate en 9 de junio de 1359, y en él hicieron prodigios de valor por una y otra parte, teniéndose, como dice el erudito Lafuente «por grande afrenta para Cataluña, atendido el renombre de su poder marítimo, verse así acometida, en la playa de su misma capital, por un nuevo adversario á quien estaba lejos de creer tan poderoso en los mares.»

Desde allí, hizo rumbo la flota castellana, seguida de la aragonesa, hácia las Baleares, desde donde, sin haberse empeñado combate alguno, desarmóse cada una en su reino respectivo.

Con la noticia que recibió D. Pedro de que D.^a María de Padilla había dado á luz un hijo que se llamó D. Alfonso, dirigióse á aquella población donde supo también que en los campos de Araviana habíase empeñado un terrible combate, en el cual pereció el tío de la Padilla, D. Juan Fernandez de Hinestrosa con otros no menos ilustres y valientes caballeros.

El efecto de estas nuevas en el iracundo y vengativo D. Pedro, no se hizo esperar mucho tiempo.

Los dos últimos hijos de su padre D. Alfonso y de D.^a Leonor de Guzman, sus hermanos bastardos, á quienes tenía presos en Carmona y de los que hasta este momento no hablan las crónicas, tal vez por su corta edad que les impidiera desempeñar papel alguno en aquellos sangrientos dramas, fueron degollados por su orden, siguiendo á estos una horrible persecucion contra muchos de sus mas nobles caballeros, que dió por resultado el engrosarse las huestes de Aragon con los que de Castilla huían á cada momento para librarse de las crueldades de su Rey.

Reunió D. Pedro en 1360 y después de la entrega de Tarazona á los aragoneses por Gonzalo Gonzalez de Lucio, descontento con el castellano, una numerosa hueste y llegando hasta Santo Domingo de la Calzada, recibió la visita de un sacerdote, que le dijo le enviaba Santo Domingo, para que le anunciase, que si no se guardaba, sería muerto por su hermano.

Algo supersticioso el Monarca, impresionóse en los primeros momentos, mas repuesto inmediatamente, mandó quemar en su presencia al sacerdote, y al día siguiente, empeñada la batalla en las cercanías de Nájera, quedó derrotado completamente D. Enrique de Trastámara, pudiendo á duras penas salvar la vida.

Los días que siguieron á este triunfo del rey D. Pedro, los empleó, cual empleaba siempre semejantes momentos de calma, en cometer nuevas muertes, siendo entre ellas la mas injustificada, la de su repostero mayor D. Gutierre Fernandez de Toledo, uno de sus mas antiguos y leales servidores.

Mandó llamar á Alfaro, pues de su orden se hallaba en Navarra, encargando á los oficiales que habían de recibirle, que le dieran muerte inmediatamente.

Sin duda estos le dieron algun tiempo, puesto que pudo enviar al Rey la siguiente carta, notable por mas de un concepto.

«Señor: Yo Gutierre Fernandez de Toledo, beso vuestras manos, «é me despido de la vuestra merced, é yo para otro señor mayor «que non vos. E, Señor, bien sabe la vuestra merced, como mi «madre, é mis hermanos, é yo, fuimos siempre desde el día que «vos nacistes en la vuestra crianza, é pasamos muchos males, é sufrimos muchos miedos por vuestro servicio en el tiempo que doña «Leonor de Guzman avia poder en el Regno. Señor, yo siempre «vos serví; empero creo que por vos decir algunas cosas que complian á vuestro servicio me mandastes matar: en lo cual, Señor, «yo tengo que lo feistes por cumplir vuestra voluntad: lo cual «Dios vos lo perdone; mas yo nunca vos lo merecí. E agora, Señor, «digoos tanto al punto de la mi muerte (porque este será el «mi postrimero consejo), que si vos non alzades el cuchillo, é non «escusades de hacer tales muertes como esta, que vos habedes perdido «vuestro Regno, é tenedes vuestra persona en peligro. E pídovos por «merced que vos guardedes; ca lealmente fablo con vusco, ca en «tal hora está, que non debo decir sinon verdad.»

A otro que no hubiera sido D. Pedro, causárale profundo impresion aquella carta escrita en el umbral de la muerte; pero el rey de

Castilla incomodóse porque se la habían dejado escribir, diciendo, para justificar su muerte, que se entendia secretamente con los aragoneses.

A este acto siguiéronse varias prisiones y destierros, y finalmente el suplicio de su tesoro é intimo consejero Samuel Levi, con el objeto de apoderarse de sus tesoros, consistentes, por lo que se halló en Toledo, en ciento sesenta mil doblas de oro, cuatro mil marcos de plata, ciento veinte y cinco arcas de paños de oro y ochenta moros y moras.

En enero de 1361 púsose el castellano sobre Almazan, penetrando atrevidamente en el territorio aragonés.

Pero allí estaba el cardenal de Bolonia, que consiguió por fin que se ajustase la paz entre ambos reinos, bajo las condiciones de que el aragonés haría salir de sus Estados á D. Enrique, sus hermanos y los castellanos que le seguían, y D. Pedro de Castilla le devolvería los lugares y castillos que le había tomado.

Una vez de vuelta el castellano, en Sevilla, fue el blanco de sus crueldades su infortunada esposa la reina D.^a Blanca, presa en Medina Sidonia, segun ya hemos dicho, ordenando á Inigo Ortiz de Zúñiga que le diera muerte.

El valiente guardador de la desdichada princesa, tuvo firmeza para oponerse á cumplir aquel mandato, pero el ballestero de maza Juan Perez de Rebolledo, menos escrupuloso, la quitó la vida, siguiéndola poco después, D.^a Isabel de Lara, la viuda de aquel infante D. Juan, asesinado en Bilbao.

Poco después, en julio de 1361, falleció de muerte natural D.^a María de Padilla, causando profundo dolor en el ánimo del Monarca, quien ordenó que se hiciese luto en todo el reino.

Fácilmente se comprende que debió ser tan discreta y bondadosa como la califican los cronistas coetáneos, cuando á pesar de haber sido origen de tantos disgustos, no era aborrecida por los pueblos (1).

Una de las razones, tal vez la mas poderosa, que tuvo el rey don Pedro para ajustar la paz con Aragon, fue la necesidad en que estaba de prestar auxilios al rey de Granada Mohammed V, á quien acababa de usurpar el trono su hermano Ismael, que fue sacrificado al poco tiempo por Abu Said, conocido en nuestras crónicas bajo el nombre del rey Bermejo.

D. Pedro acudió al socorro de Mohammed, aun cuando en vista de los desmanes cometidos por las tropas castellanas, rogó el destronado emir que se retirasen, prefiriendo el honrado musulman permanecer en aquella humilde condicion, á causar tamaños males á sus pueblos.

En una de las algaras hechas por el rey Bermejo, consiguió derrotar á un cuerpo de caballeros cristianos, haciendo prisionero un buen número de ellos, que puso después en libertad sin rescate alguno, enviándoles con ricos presentes á D. Pedro.

A este mismo pidióle amparo y proteccion cuando vió que el partido del legítimo soberano Mohammed ganaba terreno, y para poder concertarse mejor, fuése á Sevilla con gran séquito de caballeros musulmanes, y llevando cuantiosas riquezas.

Fuera para apoderarse de estas, fuera para vengar antiguos agravios, el rey de Castilla determinó su muerte ejecutándola de una manera tan inicua en el campo de Tablada, que no ha podido menos de ser enérgicamente censurada por todos los historiadores.

Con esta muerte quedó facilitado el camino al legítimo soberano Mohammed, quien se apresuró á recobrar su trono.

Después de este acontecimiento, congregó el rey D. Pedro cortes en Sevilla, en las cuales declaró que D.^a Blanca de Borbon no había sido su legítima esposa, por cuanto había contraído matrimonio anteriormente con D.^a María de Padilla, y que en su consecuencia debían de reconocerse los hijos habidos en esta, como legítimos herederos y sucesores del reino.

Aquellas cortes, excesivamente débiles, accedieron á ello, y la ley de sucesion quedó arreglada á gusto del Monarca.

Una vez que había desaparecido la causa que motivara el tratado de paz con Aragon, pensó nuevamente D. Pedro en proseguir aquella guerra, para lo cual se alió con el rey de Navarra, y entrando inopinadamente por el territorio aragonés, consiguió apoderarse de Calatayud en 29 de agosto de 1362.

El rey de Aragon envió á buscar al conde de Trastámara y á sus amigos que se hallaban en Francia, y la guerra amenazó tomar un carácter mucho mas formidable.

Pero con gran sorpresa, el rey D. Pedro regresó desde Calatayud á Sevilla, falleciendo al poco tiempo su hijo D. Alfonso, otorgando el Rey testamento un mes después de este accidente, ó sea en 18 de noviembre de 1362, por el cual institua por herederas del trono, siguiendo el orden de primogenitura, á sus tres hijas D.^a Beatriz, D.^a Constanza y D.^a Isabel.

Formal empeño contrajo en esto, toda vez que mas tarde le vemos celebrar cortes en Buiverca con el único objeto de dejar mas asegurada aquella sucesion, cual si presagiara todos los azares que para el porvenir le estaban reservados.

(1) Enterráronla en el monasterio de Astudillo, desde donde fue trasladada por orden del Rey, á la capilla real de Sevilla; dejó tres hijas y un hijo que fueron D.^a Beatriz, D.^a Constanza, D.^a Isabel y D. Alfonso.



BELTRAN DUGLESCLIN.

Reza Libro Barcelona. Rubricar 34 y 35

CAPITULO CVIII.

Continúa la guerra con Aragón.—Las compañías blancas de Francia.—Beltran Duguesclin.—D. Enrique, conde de Trastámara, es aclamado por rey, en Calahorra.—Su coronación en Burgos.—Huye el rey D. Pedro de Sevilla y posteriormente se embarca para Bayona.—Su alianza con el Príncipe Negro de Inglaterra y el rey Carlos, el Malo, de Navarra.

CORTAS eran las interrupciones que sufría la guerra de Aragón.

El rey de Castilla atrevido, enérgico y valiente, se aprovechaba con destreza del mal estado en que el aragonés se encontraba, y muchas plazas de aquel reino se habían visto precisadas á admitir guarniciones castellanas.

El aragonés comprendiendo que en Francia podría tener un buen auxiliar contra D. Pedro, toda vez que la muerte de D.^a Blanca había excitado grande y general indignación, ajustó un tratado de alianza, al cual se siguió otro con el rey Carlos de Navarra, que prestaba de mala voluntad su ayuda al rey de Castilla.

Por entonces también, ó sea en el año de 1363, comienza á sonar por primera vez la idea de que D. Enrique ocupase el trono de Castilla, puesto que en un documento conservado en el Archivo general de la corona de Aragón, está consignado de puño y letra por el rey D. Pedro IV de Aragón, la ayuda que se compromete á dar á D. Enrique para conquistar el reino de Castilla, y en el mismo documento, de letra de D. Enrique de Trastámara, la confirmación y promesa de cumplirlo ofrecido al rey de Aragón.

En este reino ocurrieron también rivalidades y disidencias, según dejamos espuesto ya, que ocasionaron la muerte del infante don Fernando, hermano del rey don Pedro IV, así como también algo después, la del antiguo ministro y fiel consejero del aragonés, don Bernardo de Cabrera.

Con varia suerte prosiguió la guerra en los dos reinos, durante los años de 1364 y 65, principiando el verdadero interés de todo este terrible drama, en los principios del año 66.

El conde de Trastámara, buscando auxiliares para hacer la guerra á su hermano, había de nuevo recurrido á Francia.

A la sazón, hallábase aquel Monarca sumamente preocupado acerca de los medios que emplearía para librarse de la terrible plaga que gravitaba sobre sus Estados, formada por la muchedumbre de soldados aventureros que había tenido á sueldo durante la guerra con los ingleses.

Beltran Duguesclin, el caballero mas valiente de su tiempo, que había menospreciado toda su cultura intelectual para ser un gran guerrero, ofreció al Monarca librarle de aquella gente, á cuyo efecto dirigióse al punto en que se hallaban las *grandes compañías* cuya fuerza total se elevaba á la cifra de treinta mil hombres, y les propuso que le siguieran á España bajo el pretexto de libertarla del yugo de los infieles, pero verdaderamente como auxiliares del de Trastámara.

Aquella gente bulliciosa, inquieta y ansiosa solamente de sangre y de botín, aceptó, y después de haber obtenido del pontífice, que residía por entonces en Avignon, la cantidad de cien mil florines, penetró en España.

Capitaneándola venían gran número de caballeros, flor de la nobleza francesa que acudían á vengar la muerte de la reina doña Blanca.

Con tan formidable hueste, penetró D. Enrique en Calahorra y en este punto fue donde por primera vez se le proclamó como rey de Castilla, gritando por las calles de la población, *real, real por el rey D. Enrique*.

Inconcebible parece que D. Pedro, este Monarca á quien tan belicoso hemos visto, á quien tan atrevido, enérgico é indomable á pesar de sus vicios y de sus crueldades hemos tenido ocasion de admirar, en aquellos momentos, á la aproximación del ejército de su hermano, desde Burgos, donde se hallaba y donde todavía contaba con elementos para resistir, presa de un pánico incomprensible, rechazase la oferta que fueron á hacerle el señor de Albret y otros varios caballeros, unidos por los vínculos de parentesco con muchos de los capitanes que traían las compañías blancas, de que si les quería dar sueldo ó mantenimientos, era fácil que la mayor parte de aquella gente se pasara á su bando.

D. Enrique penetró en Burgos llamado por la misma ciudad, y en ella se coronó solemnemente en el monasterio de las Huelgas, como rey de Castilla y de León.

La precipitada huida que el rey D. Pedro iba haciendo desde Burgos, quedaba señalada por do quiera, con nuevas crueldades, que demostraban con harta elocuencia que si el valor se había debilitado algún tanto en el legítimo rey de Castilla, en nada se habían debilitado sus crueles y sanguinarios instintos.

Juan Fernandez de Tovar, hermano de Fernan Sanchez, el que había entregado la villa de Calahorra á D. Enrique, fue muerto de orden del Rey, y otras varias ejecuciones, por este estilo, iban por todas partes señalando su paso.

Entre tanto el rey D. Enrique, obrando ya como tal Monarca, otorgaba mercedes á sus servidores, cobraba contribuciones que nadie osaba disputarle, y finalmente el mismo almirante D. Gil de Bocanegra, en cuyo poder había caído el tesoro que D. Pedro confiara á su mismo tesorero Martin Yañez, para que viera de ponerle en salvo, se lo entregaba á D. Enrique tratando sin duda con esto de congraciarse con su nuevo señor.

D. Pedro se vió obligado á salir de Sevilla arrojado por los mismos sevillanos, que, bien fuera temerosos de la suerte que pudiera caberles á la llegada de D. Enrique, que se adelantaba hacia la ciu-

dad, bien por la voz que corrió de que D. Pedro había invocado el auxilio del rey de Granada y al ver que hasta el mismo rey de Portugal le abandonaba, que era precisamente en quien había tenido toda su confianza, amotináronse dirigiéndose tumultuariamente hacia el alcázar y obligando á D. Pedro á que se embarcara precipitadamente con sus hijas y algunos caballeros que le permanecieron fieles.

Trató de penetrar en la villa de Alburquerque, en Extremadura, pero le cerró sus puertas y no tuvo otro remedio que pasar por la humillación de pedir al de Portugal que le diese seguro para pasar por sus Estados, á fin de ir á buscar amparo y protección en Galicia.

Concedióselo el portugués pero á condicion de que le entregase la hija de D. Enrique, que llevaba en calidad de prisionera, exigencia á la cual no tuvo otro remedio que acceder, pudiendo merced á esto, llegar á Galicia donde se decidió por acudir á demandar auxilio al príncipe de Gales, á cuyo objeto se embarcó en la Coruña con direccion á Bayona, que á la sazón pertenecía á Inglaterra.

Pero antes de salir era necesario que dejase un nuevo recuerdo de su vengativa saña, siendo la víctima escogida, el arzobispo de Santiago, D. Suero Garcia.

Entre tanto á D. Enrique le recibieron muy bien los sevillanos, y la Andalucía iba sometíendose á su obediencia.

El de Granada solicitaba su amistad, y D. Enrique deseaba hacer la paz con el rey de Portugal para cuyo objeto entró en negociaciones.

Mandó buscar D. Enrique al ejecutor de la reina D.^a Blanca, Juan Perez de Rebolledo, y lo hizo ahorcar, saliendo poco después de España algunos caballeros franceses que solo habían venido por vengar su muerte.

Viendo el de Trastámara que espontáneamente se le sometían los castellanos y queriendo evitar las violencias, licenció á todos los mercenarios extranjeros, quedándose solamente con Bertran Duguesclin y Hugo de Calverley con sus respectivos cuerpos.

Marchó á Galicia D. Enrique, en cuyo punto estaba D. Fernando de Castro, y después de sitiar obstinadamente á Lugo donde se encerrara, hicieron el pacto de que si antes de cinco meses no había recibido aquel, auxilios de D. Pedro, le entregaría todas las fortificaciones de Galicia. Poco después noticioso del pacto que don Pedro había hecho con el príncipe de Gales y el rey de Navarra, abandonó D. Enrique la plaza regresando á Burgos, donde convocó y celebró cortes, é hizo jurar en ellas como heredero, á su hijo D. Juan; fuele otorgado el servicio de la decena ó sea el diezmo de cuanto se comprara y vendiera; premió los servicios de los que le ayudaban, y comenzó á hacer los preparativos para resistir la acometida de D. Pedro.

El príncipe de Gales, Eduardo, llamado el príncipe Negro por el color de sus armas, acogió afectuosamente á D. Pedro y llevado de su espíritu caballeresco y noble, ofrecióle ayudarle á recobrar su reino.

Túvose una reunion en Bayona entre el príncipe de Gales, don Pedro de Castilla y el rey Carlos, el Malo, de Navarra, en la cual quedó convenido, que D. Pedro daría al primero, las tierras de Vizcaya y la villa de Castrourdiales; al condestable de Guena Juan Chandos, la ciudad de Soria, y al rey de Navarra, porque permitiera pasar por sus Estados el ejército, las provincias de Guipúzcoa y Alava, Calahorra, Alfaro y Nájera, y en resúmen, todo cuanto decia que había anteriormente pertenecido á la corona de Navarra.

D. Pedro se comprometía á pagar las tropas auxiliares del príncipe, para lo cual dejó todo el dinero y alhajas que llevaba y á sus tres hijas en rehenes, y penetrando por fin las tropas en Navarra, á pesar de que este Rey también se había comprometido con don Enrique á no facilitarles el paso, fueron á encontrarse cerca de Nájera con las tropas de D. Enrique, en las cuales faltaba ya la mayor parte de aquellas temibles compañías blancas, que habían venido de Francia.

La batalla era inminente.

En la hueste de D. Enrique militaban varios de aquellos franceses de distincion, que desde el principio de la guerra le acompañaban con la flor de los caballeros de Castilla.

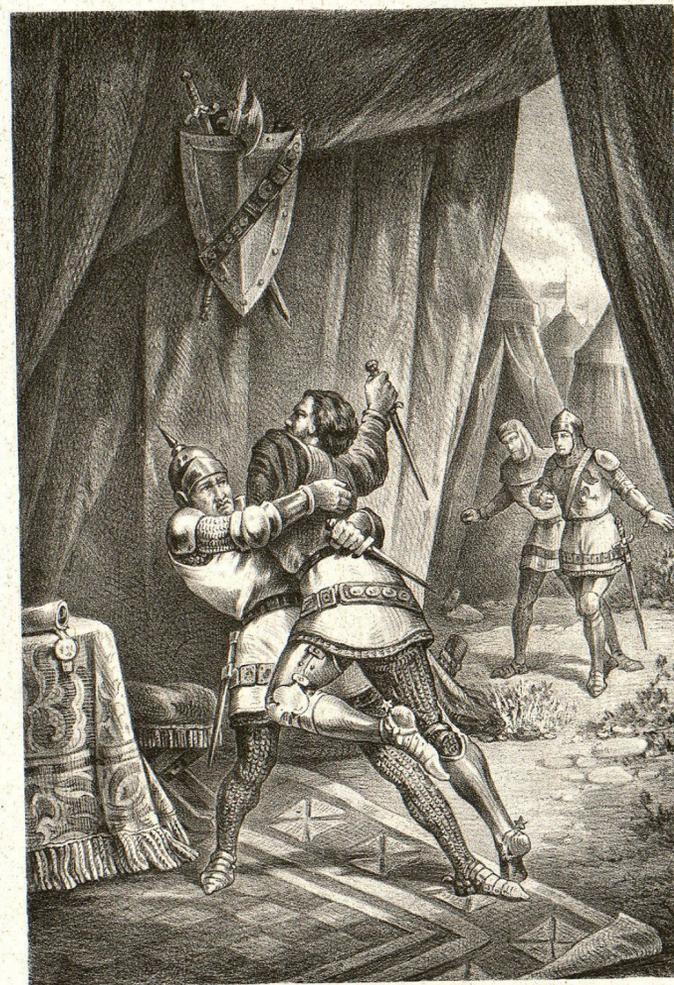
El príncipe de Gales envió un mensajero á D. Enrique exponiéndole cortesmente las causas que en aquella guerra le impulsaran, ofreciéndole, si desistía de su empeño, ser su mediador para con don Pedro. En este mensaje tratábase solamente como conde de Trastámara, no como rey de Castilla.

El rey de Francia aconsejó á D. Enrique que evitase la batalla, especialmente en aquellos momentos, puesto que el príncipe de Gales llevaba consigo los mejores caballeros de la cristiandad.

De igual manera opinaba Duguesclin también, pero los caballeros castellanos estaban impacientes por medir sus armas con los ingleses, y aun cuando D. Enrique comprendia que en aquel trance iba á jugar la corona y la vida, no quiso dar motivo ni pretexto ninguno á sus vasallos, para que pudieran dudar de su valor.

En su consecuencia, renunció á la ventajosa posición que ocupaba, y pasando el rio Nagerilla presentóse con arrogancia en el llano, haciendo exclamar al mismo príncipe Negro cuando vió su movimiento:

Por San Jorge, que es un valiente caballero ese bastardo.



MUERTE DEL REY D. PEDRO I DE CASTILLA.